

Marantz, Andrew (2021) *Antisocial. La extrema derecha y la libertad de expresión en Internet*. Barcelona: Capitán Swing, 525 pp. ISBN: 9788412281712

Davies, William (2019) *Estados nerviosos. Cómo las emociones se han adueñado de la sociedad*. Madrid: Sexto Piso, 360 pp. ISBN: 978-8417517496

Murray, Douglas (2020) *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*. Barcelona: Península, 368 pp. ISBN: 978-8499429168

En los albores de internet, cuando aún no existían Google ni Facebook, la red aparecía como una tierra salvaje que conquistar, un espacio libre de la injerencia de gobierno y corporaciones en el que la ética cooperativa de los hackers marcaría las reglas, que posibilitarían una democracia basada en la participación y no en la burocracia. Hoy, esas promesas se han revelado como fantasías y la ilusión de un mundo digital sin intermediarios ha dado paso a una realidad en la que un puñado de empresas controla el tráfico de información, y por ende la vida social, de todo el mundo.

Varios libros recientes se suman a la corriente que empieza a mostrar que internet es una distopía en la que la participación se ha convertido en una realidad, pero alejada de ser una herramienta democrática. Las redes sociales se han convertido en altavoces del odio que apelan a los instintos más bajos y el dominio de las emociones ha terminado por engullir la circulación de datos e informaciones que deberían fundamentar la posibilidad de una participación democrática.

En *Estados nerviosos*, William Davies analiza cómo las emociones han colonizado el discurso público, eliminando la posibilidad del debate racional e informado. Para este autor, hay dos elementos que sostienen internet que han permitido este dominio de lo emocional: la propia naturaleza del capitalismo y, de forma paradójica, la desigualdad generada por este. La desigualdad está en la base de la polarización de la sociedad, no solo en términos de tendencias políticas, sino también en posiciones frente al conocimiento. La preponderancia del conocimiento experto que originó la moderna sociedad de la información ha creado una sociedad dicotómica en la que, demasiado a menudo, los datos generados por los expertos no captan la realidad en la que vive la gente corriente. Como señala Davies, muchas personas se sienten como meros objetos experimentales en manos de los expertos (Davies, 2019: 139) y no ciudadanos de un proyecto social ilustrado. La experiencia personal aparece entonces enfrentada a los hechos que presentan académicos o periodistas, y eso genera el descrédito y la desconfianza hacia estos.

Pero en lugar de quedarse en el lamento, Davies rastrea esa desconfianza en los expertos como una consecuencia de las actuales condiciones de creciente desigualdad. Se remonta a los trabajos de los economistas liberales como Hayek y Von Mises, que recelaban de la transparencia de los expertos al identificarla con la planificación estatal de sus adversarios comunistas. El secreto industrial, la explotación de paten-

tes, el elogio del emprendedor de la economía liberal son la base del capitalismo digital y llevan al monopolio de facto que estamos viviendo; ajeno al equilibrio del interés colectivo, el ganador se lo lleva todo.

Para Hayek, el mercado es capaz de hacer lo que las élites se niegan a hacer: dar protagonismo en las decisiones de la gente a las emociones, los instintos y las opiniones. El internet que tenemos es el resultado del impulso de la ideología californiana (Barbrook y Cameron, 1996) que rechazó rotundamente toda intervención del Estado para dar paso al libertarismo.

La filosofía política clásica, desde Hobbes, ha otorgado al Estado la tarea de asegurar la vida pacífica de los ciudadanos. Pero con un Estado en retirada son los instintos los que guían al pueblo desde la red, cuyo control ejercen unas compañías cuyo negocio se alimenta, precisamente, de cultivo de la respuesta virulenta, la compra compulsiva, la siembra ubicua de datos personales. Somos libres de hacer lo que queramos, pero cada una de nuestras actividades deja un rastro que ha convertido a Internet en el mayor dispositivo de control social jamás conocido: sus orígenes militares lo traicionan (Davies, 2019: 272).

“Internet ha resultado ser muy efectivo a la hora de socavar las instituciones establecidas de lo democracia, pero menos cuando se trata de construir unas nuevas” (Davies, 2019: 290) Esta idea alimentó la larga investigación del periodista del *New Yorker* Andrew Marantz, que rastreó las conexiones entre la extrema derecha de inspiración trumpista y las redes sociales. En *Antisocial* recorremos con el periodista Estados Unidos de costa a costa para encontrarnos con una maraña de personajes que han hecho de la visibilidad en redes su máxima ambición vital. Tras probar con la venta de suplementos herbales o cursos de educación física, descubren que lo que mayor viralidad genera es el insulto y la provocación de inspiración política. Y se ponen a ello. Lo más fascinante de este recorrido por la extrema derecha estadounidense es descubrir que no son un grupo de racistas convencidos o de fanáticos libertarios: son, básicamente, gente en busca de un público, que han encontrado en el meme el elemento perfecto para su estrategia vital. Buscan la provocación, pero siempre pueden escudarse, si las reacciones se salen de madre, en que no era más que una broma. El lenguaje gracioso de la red no es el lenguaje del humor: es el lenguaje del cinismo, en el que el emisor no se compromete nunca con el mensaje y se escuda en una pretendida ambigüedad que no existe.

Lo más interesante del libro de Marantz es que, en paralelo a su reconstrucción de esta red de extrema derecha en la red, investiga cómo las buenas intenciones de los creadores de las redes sociales han alimentado esta monstruo político. Su rechazo a la regulación y su esfuerzo constante para no ser definidos como un medio de comunicación con responsabilidades editoriales, sino como un mero contenedor de “cosas” diversas han generado una red tóxica. Pero hay esperanza: cuando los responsables de Reddit, la única empresa que da acceso al periodista a sus centros de decisión, ven en directo cómo varias personas que protestaban por la muerte de jóvenes negros son atropelladas con alevosía en la universidad de Charlottesville, donde ellos estudiaron, deciden que sí deben asumir responsabilidades. En un capítulo final digno de una superproducción de Hollywood, asistimos al épico momento en que Reddit se lanza a cancelar los grupos de discusión cuya única finalidad es el insulto y la humillación pública, una acción que Marantz (2021: 491) celebra: “Si celebras una fiesta en un almacén y una de las estancias está llena de bichos raros sedientos de sangre, puede que tengas que echarlos”

Pero asumir esa responsabilidad es obligarse a trazar una línea que define uno de los mayores equilibrios de la democracia: cómo asegurar un entorno discursivo en el que todos puedan participar sin ser heridos al tiempo que se garantiza la posibilidad de expresar los puntos de vista de cada uno, por radicales u ofensivos que estos sean. Esta idea recorre los dos libros citados y también *La masa enfurecida*, de Douglas Murray. En este, de forma más explícita, se describe la complejidad de la nueva sensibilidad de la red nacida al calor de las políticas de identidad: algunos grupos apelan a que las palabras hieren, y por tanto equiparan las palabras ofensivas con ataques a su integridad, requiriendo de los poderes públicos la limitación de la libertad de expresión. Otros, como hemos visto, explotan hasta el límite la capacidad ofensiva de las palabras para convertirlas en herramientas políticas, de prestigio y de ganancia monetaria. Hay, en el libro de Murray, una defensa cerrada del debate como herramienta fundamental de la democracia, y de la necesidad de que la discusión asuma el disenso como elemento fundamental. “El desacuerdo no es opresión. Argumentar no es agredir. Las palabras -aún cuando sean provocativas y deleznable- no son violencia. La respuesta a los discursos que nos disgustan es más discursos”, dice citando a Nicholas Christakis, protagonista de uno de esos linchamientos morales cada vez más frecuentes en las universidades liberales estadounidenses. (Murray, 2020: 184).

Este argumento es altamente problemático en un mundo en el que la identidad grupal se ha convertido en el último refugio frente a las crecientes desigualdades y en el que la ofensa se ha convertido en moneda de cambio política. Un argumento tremendamente liberal en un mundo en el que el populismo se hace fuerte a ambos lados del espectro político. Un argumento este, la defensa del debate y del discurso, tremendamente democrático en un mundo dominado por la pulsión autoritaria, sea del líder carismático o de la masa enfurecida.

Héctor Fouce  
Universidad Complutense de Madrid  
[hfoucero@ucm.es](mailto:hfoucero@ucm.es)